

LA SILENDE,

PERIÓDICO MENSUAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y MODAS,

DEDICADO

AL BELLO SEXO.



A MARIA.

EL OLVIDO.

El amor se encierra todo
en la persona que quiere; la
persona querida no es mas
que el objeto.

Yo he muerto para tí, angelical María; nuestra existencia ya no pertenece á un mundo mismo. Tú sientes arder en tu corazon la luz de la vida; yo contemplo el mio envuelto en las frias tinieblas de la muerte, pero el alma en su inmortalidad te consagra las mas tiernas y profundas afecciones de sus dulcísimos recuerdos. Tú vives, porque esperas, porque la felicidad de tu alma pertenece á la esperanza del porvenir; yo he muerto, porque tu olvido apagó el último rayo de luz que embalsamaba hasta la idea de mis ilusiones, y mi felicidad pertenece á lo pasado; lo pasado es la muerte; la muerte es el olvido; nada espero.

¡María! ¡sér bellissimo que en el mundo me representas el idealismo de la eternidad!... ¡mujer en otro tiempo tan grata y encantadora para mi corazon!... tú me has enseñado en la tierra de qué modo recuerda en el cielo las prendas mas caras á su amor una alma que vuela sobre la frente de Dios.

El amor; esa impresion sagrada de la melancolía cuando ejerce su imperio en el hombre que goza el desgraciado privilegio de la profunda sensibilidad, encadenó mi existencia á los recuerdos de tanto placer pasado, y tú eres el espíritu irresistible que domina toda mi memoria.

Noviembre de 1845.

Después de tantos años, aun existe en mi alma tu seductora imagen retratada con la feliz exactitud del pensamiento; aun la veo agitarse al contar los ardientes latidos de mi corazon; aun contemplo y siento el fuego mágico con que arrebatava mi espíritu una tierna mirada de tus divinos ojos; aun te veo tan hermosa, cual hoy veria Rafael sobrevivir á la destruccion de los siglos sus admirables Vírgenes, cuya animacion, cuya prodigiosa espiritualidad supo trasladar al lienzo su divino pincel, para legar á la ignorante humanidad las creaciones que el amor y una hermosura inspiraron á la audacia del genio; á la inmensidad del talento.

Después que la fatalidad de tu inconstancia me condenó á la terrible muerte del olvido, jamas he vuelto á dirigir mis pasos hacia la fuente de los alamos que tantas veces ocultaron con su apacible sombra nuestros plácidos delirios á la ponzoña de la envidia humana. Allí el Dios de la naturaleza virgen inspiró la eternidad á mi amor; eterno será como el alma que le contiene abrasada en sus recuerdos. ¡Ay del hombre que comprendiendo la inconstancia de la raza maldecida por el Eterno, se atrevió á besar en su ardiente frenesí los labios de una hermosa y á esperar de su efímera pasion una felicidad suprema, que pasa por nuestra débil imaginacion como las encantadoras ilusiones de un maravilloso ensueño! ¡Ay del hombre que dijo á una mujer, *tu corazon es mio!*

¿Lo ves, María? Tú me has abandonado en medio del mundo á la soledad de mis pensamientos; tu olvido lanzó sobre mi frente una nube de fuego, y cada lágrima que brotó de mis ojos dejó caer en el

corazon una gota de hiel; tu olvido ha desplegado un negro velo entre tu hermosura y la virtud; las tiernas miradas que diriges á otro hombre no tendran ya la pureza de los ángeles; todas ellas significarán un remordimiento mudo en el silencio de tu fria memoria, porque si has podido olvidar tu pasion y la mia, el sentido de la razon te recordará muchas veces la negra ingratitud con que pagaste la fe de un cariño inmenso, la perfectibilidad de los sentimientos que me inspiró un amor sagrado, radiante algun tiempo de gloria y felicidad, como la luz que circunda el trono de Dios.

¡ María! Yo debiera maldecir tu olvido, tu belleza, tu corazon, tus encantos, hasta el aliento embalsamado que exhalaban en otro tiempo tus suspiros; mas aun cuando así fuera, ¿podrian todas las imprecaciones de la desesperacion reanimar en tu seno el fuego de aquella hermosa llama apagada, estinguida por el hielo de la indiferencia mas incomprendible? No, María: el tiempo que representa la invisible omnipotencia de Dios que todo lo cria para destruirlo todo; el tiempo que es el impulso de vida y muerte, la inconstancia misma de las cosas humanas, dió existencia á nuestro amor, pero solo al mio concedió la desgracia de una duracion semejante á la inmortalidad: yo debo admitir esa desgracia á que está condenada la humanidad delirante, sin pretender realizar los fantásticos ensueños de una felicidad que siempre está en nuestros labios, pero jamas en nuestro corazon. Tú tampoco eres feliz, María: la hermosura no exime á la mujer de la miserable condicion de los mortales en la tierra; acaso eres mas desgraciada; tal vez ha pasado tambien sobre tu frente el sepulcral silencio de las noches sin probar el consuelo de un sueño tranquilo. ¡ Oh María! tú no puedes gozar la felicidad que arrancaste de mi corazon cuando mas ardia en él la esperanza de poseerla. ¡ Ojalá sea yo el último que lllore en el silencio de una soledad sombría y tormentosa la amarga agonía de tu olvido! ¡ Ojalá el hombre que abraza tu alma no te condene á atravesar á nado el golfo de la vida, combatida por las tormentas del pensamiento, bajo un negro horizonte que oculte á tu esperanza hasta un rayo de luz; y si algun dia reconoces la terrible crueldad de tu olvido, la última lágrima que viertan mis ojos al partir del mundo con todas las impresiones de un amor tan desgraciado, será consagrada á la memoria de la infeliz María.

J. M. Bonilla.

Educación que se suministra á las niñas de las diferentes clases de la sociedad.

EN el número segundo de nuestro periódico nos detuvimos en probar que la buena educacion de las niñas es de la mayor importancia, tanto para el porvenir de la sociedad, cuanto para el bienestar presente y futuro de las familias. Hoy echaremos una rápida ojeada sobre la que reciben segun la clase á que pertenecen, y ella, hasta cierto punto, revelará lo que de los sistemas que se siguen podemos prometernos. Si nos remontamos á las primeras clases de la sociedad, observaremos, que aun las madres mas cuidadosas, circunscriben todo su afán á evitar oír los lamentos de sus tiernas hijas: en no llorando las inocentes criaturas, todo le parece que va bien, sin cuidarse de las particulares circunstancias que concurren en las personas que saben entretennerlas. Este descuido no le calificaremos de criminal, porque tomando en consideracion el estado deplorable en que se encuentra, entre nosotros, la instruccion de las mujeres, estamos convencidos hasta la evidencia que la mayor parte de las madres ignoran que la educacion de sus hijas comienza con su vida, y así es que no debe estrañarse dejen las rodeen personas, que ni por sus maneras, ni por sus discursos, ni por sus acciones pueden contribuir á que aquella empiece de un modo esmerado. Si este abandono llega á merecer el disimulo, por las razones que hemos indicado, no es de la misma manera tolerable la eficacia con que les inculcan ideas de vanidad y orgullo, que luego las hacen caer en la ridicula debilidad, de creerse superiores á sus semejantes, sin mas títulos que abonen sus quiméricas pretensiones que la casualidad del nacimiento. Cuando mas crecidas, las entregan á ayas ó directoras, que solicitando ganarles la voluntad por complacencias bajas y peligrosas, condescienden con sus autojos y las entretienen con cualquiera cosa, sin curarse de la utilidad. Prefieren á su santa obligacion el interes. Así llegan á ser mujeres, no se ha cuidado en fortificar sus cuerpos, su educacion moral se ha desatendido, y la intelectual se ha reducido á la lectura de novelas y á la relacion de algunos cuentos, que las han hecho pusilánimes y han llenado de visiones su imaginacion, pero en cambio procuran con sus adulaciones se arraiguen en ellas mas y mas las funestas ideas del lujo y del orgullo, que sus madres tam-

co pierden la ocasion de alimentar, y de aqui es que en los hermosos años de la juventud no fijan la atencion en proporcionarlas la compañía de otras jóvenes instruidas y virtuosas, con cuyo trato pudiesen aprender, si no la de aquellas cuyo apellido es mas ilustre, sin que para nada tomen en cuenta su ignorancia, sus costumbres y á las veces sus vicios. Resulta de esta errónea educacion, que aquellas que por la casualidad misma de su nacimiento debieran ser el modelo de la inteligencia y de las virtudes, puesto que no han carecido de medios para lograr una educacion é instruccion perfeccionada; mas amantes de la humanidad por la razon del elevado rango que ocupan en la sociedad, y finalmente como otra Providencia socorrer el infortunio; se las ve solo ocupadas en buscar distracciones que nunca las satisfacen; el teatro, los festines y los saraos son su objeto. Y con tal conducta ¿podrán captarse el afecto y respeto de sus semejantes? ¿prometen ser fieles esposas, buenas madres y útiles á la sociedad? ¿podrán de este modo justificar los gozes de los esclarecidos títulos que ganaron sus abuelos y de los que no se olvidan de hacer alarde?

Las niñas de la clase media no son mas venturosas en la educacion que se les suministra, tampoco en ellas se fortifica el cuerpo, ni se forma el espíritu de modo que garantice su porvenir. Si se muestra mas rigor en que aprendan, no se escogita lo mejor para enseñarles, ni mucho menos se ponen en juego los medios convenientes y que recomiendan graves escritores, á fin de que encuentren un placer en aprender. La continua compañía de unas madres imprudentes que las regañan, que las observan y que en su ignorancia llegan á concebir que el educarlas bien consiste en castigarlas, en contrariarlas todos los gustos, aun los mas inocentes, y en atormentarlas; llega á aburrirlas, y su sencillo é ingenuo corazon, se convierte en solapado y falso, y por temor no dicen la verdad; y esta falta de confianza con las que les dieron el sér, muchas veces las conduce al precipicio. Tal conducta en las madres tiende mas bien á criar hijas hipócritas que virtuosas.

Un sistema opuesto se sigue en la educacion de las niñas de las clases pobres, apenas andan, cuando se ven enteramente abandonadas: llenas de harapos caminan vagantes por las plazas y calles, y cuando se retiran á su miserable hogar, con demasiada frecuencia, por desgracia, son testigos de cuestiones poco decentes, de escenas llenas de inmoralidad, ca-

paces de viciar las mejores disposiciones naturales.

Esta lijera indicacion que hemos hecho del estado en que se encuentran las educaciones en las diferentes clases que componen la sociedad, basta para convenir que todas ellas están muy lejos de llenar su importancia. En otros artículos indicaremos los medios, á nuestro entender, á propósito para corregir los defectos de que adolecen, y de cuyos productos la sociedad en general se resiente.

Si es ó no ventajoso para una mujer el estudio de las ciencias y de la literatura.

HABRÁS notado, hija mia, que en lo que te llevo dicho nada te he indicado acerca de las ciencias, la literatura y otros conocimientos, y que si te he hablado de las bellas artes, ha sido como de paso y considerándolas cual mero pasatiempo; y en efecto, hija mia, si has de seguir mis consejos, no tratarás de aplicarte seriamente á ninguno de estos ramos de instruccion; he aquí mis razones.

En primer lugar, me dirijo á ti que perteneces á una clase media, entre la cual probablemente encontrarás esposo. Este, pues, al casarse contigo tendrá la justísima pretension de hallar en ti una buena esposa y una prudente directora de su familia; tendrá derecho á exigir el exacto cumplimiento de las obligaciones que te impondrá el estado del matrimonio, y por consiguiente solo aquellos conocimientos propios para el perfecto desempeño de semejantes obligaciones deberá ser el objeto de un estudio formal. Tratando de adquirirlos cual corresponde, no te quedará mucho tiempo sobrante, y aun cuando te quedase y dado caso de que tu capacidad se prestase á ello, ¿de qué te serviría instruirte en cosas que rara vez pueden ser útiles á una mujer?

¿Qué adelanta una madre de familia con saber diferentes idiomas, con versificar, con saber juzgar, censurar y aun componer una obra de literatura? ¿Será por esto mejor esposa? ¿madre mas tierna? ¿ama de su casa mas cuidadosa? No, ciertamente. Está probado, por lo contrario, que las ciencias, lejos de contribuir á que las mujeres se perfeccionen, las apartan mas bien de su principal objeto y las exponen á que se conviertan en pedantes, fastidiosas, negligentes y por consiguiente desgraciadas. Si este juicio te parece duro, considera que está fundado

en la experiencia, y que tiene poquísimas escepciones la regla general.

¿ Creés tú que la mujer que ha dedicado la mayor parte de su juventud al estudio de la música, y ha pasado horas enteras sentada al piano, en la biblioteca ó en el bufete, se ocupará con el mismo gusto en las pequeñeces de la direccion doméstica, atenderá con la misma vigilancia á los cuidados que exigen los niños, y en fin tendrá presente siempre las minuciosidades propias del gobierno interior de una familia? Y aunque se halle penetrada de sus deberes y resuelta á cumplirlos, ¿ podrá hacerlo siempre? y si falta á ellos, ¿ crees tú, que una composicion poética, una pieza literaria, ó cualquiera otra produccion del genio, suplirán los defectos que su esposo note en el interior de su casa, como el mal cuidado de la ropa, el desarreglo de las cuentas y el abandono de sus hijos en manos mercenarias? No, no, mil veces no; un esposo razonable y cuyo corazon desee la union y felicidad de su familia, necesita una compañera que le ausilie y le distraiga, y no una literata que le fastidie con sus observaciones, y dará su preferencia sobre todas las conversaciones científicas y discursos mas eruditos, á una cuenta bien arreglada, y no trocará por la mas brillante reputacion literaria, el aseo y economía de su mujer.

Es muy probable que un marido se fastidie con la lectura de los mas hermosos versos, que hostece al oír la critica de tal ó cual obra, pero siempre escuchará con placer los motivos que ha tenido para hacer tal ó cual arreglo en la casa. Dejará con gusto las ocupaciones serias para tomar parte en los juegos de sus hijos, y en tales momentos lo que desea un hombre no es erudicion sino amabilidad, y si encuentra su casa limpia, arreglada y todo en perfecta armonía, se dará por muy feliz, sin parar las mientes en lo perteneciente al saber y á las ciencias.

No deduzcas por lo que dejo dicho, que trato de condenar á nuestro sexo á la ignorancia, lejos de mí la idea de privarle de las ventajas que lleva consigo la cultura del espíritu. Condeno el abuso, pero apruebo la instruccion.

Si eres inclinada al estudio, si tienes un talento feliz, si tus medios, tus ocupaciones y la situacion en que te encuentras, lo permitiesen, podrás cultivar las artes, las ciencias y hasta la literatura, pero bajo la espresa condicion de hacerlo solo por instruirte, procurando ahogar el deseo de lucir lejos de tu esfera. Nunca olvides que la modestia es el mas be-

llo, ornato de nuestro sexo, y que una mujer instruida debe ser una lámpara que esparza suave claridad en el interior de su casa, y no un faro que luzca sobre una eminencia. Jamas te dejes seducir por la perspectiva de una gloria literaria, que aun en el caso de que llegases á adquirirla no te procuraría ningun placer verdadero; fia en mi experiencia, hija mia, la mayor reputacion literaria de una mujer, no podría indemnizarla, de ninguna manera, de los trabajos y sacrificios que le cuesta. Los celos, la critica, la murmuracion y la envidia, se desencadenan contra ella, y para un corazon sensible y un carácter pundonoroso, vale mas el aprecio que la fama. Una palabra, un gesto de desaprobacion, te haria mil veces mas daño que cuantos bienes pudiera ofrecerte el orgullo satisfecho. Dejemos á los hombres luchar con las dificultades que ofrece una carrera, en la que, para nosotras, abundan mucho mas las espinas que las flores. Procura cimentar tu dicha sobre bases mas sólidas, si consigues atraer sobre ti la estimacion general, y en particular la de tu familia, si haces feliz á tu esposo, si educas bien á tus hijos, si gobiernas la casa con acierto, habrás conseguido llegar al fin para que has sido criada, te habrás hecho acreedora al aprecio de tus semejantes y á la felicidad que por tu parte has procurado á los demas. La sociedad te será deudora de un grande beneficio, y tu familia bendecirá tu existencia. Tal es la suerte que una mujer debe apetecer, y esta es la que tu madre pide al cielo te conceda.

LABORES.



CUANDO el rigor de la fria estacion va obligando á las familias á reconcentrarse en sus moradas y se buscan distracciones para hacer menos sensible la monotonia de las dilatadas noches de invierno, justo será que nos detengamos algo mas de lo acostumbrado en este artículo, reputando la labor como una de las ocupaciones que contribuyen al logro de este fin con mayor utilidad. Pero como consideramos que no solo las diversiones deben llevar el carácter de novedad para que agraden, sino que aun las ocupaciones productivas no están exentas de esta condicion, no omitimos medio por costoso que sea, para proporcionarnos cuantas noticias son posibles, de aquellas variaciones que continuamente ofrece el buen gusto en los distintos géneros de bordados,

adornos de flores, y cortes de trajes propios del bello sexo. Habiendo adquirido los últimos diseños de esta clase, que acaban de publicarse en París, tenemos una completa satisfacción en transmitirlos á nuestras amables lectoras, persuadidos de que, las que dependan por necesidad del producto de su ingenio encontrarán alguna cosa que las sea útil; al paso que las que solo aspiren á distraerse, hallarán objetos de recreo, que algun día puedan serles de provecho.

DESCRIPCION DE LA LÁMINA.

Núm. 1.^o—Dibujo para cuello de un niño.

Núm. 2.^o—Puño de vuelta compañero del cuello.

Núm. 3.^o—Cenefa de pañuelo para la mano, la cual continuando enlazada forma los ángulos; se borda á punto de cadenilla.

Núm. 4.^o—Precioso dibujo para almohada de banquetas ó sillas.

Núm. 5.^o—Representa el molde de madera para un boton, cuya superficie superior es convexa: sirve para formar las primorosas *Margaritas* de que vamos á ocuparnos.

Para esta delicada labor se necesita percal amarillo, estambre de lana del mismo color, estambre grueso azul, un carrete de hacer hilo, y dos planchas ó tablitas delgadas, redondeadas por los extremos, del largo de 8 pulgadas y 7 líneas cada una, y de ancho, la primera de 6 líneas, y la segunda de 12.

MODO DE HACERLAS.

Se corta un pedazo de percal amarillo de 2 pulgadas y 7 líneas en cuadro, se enhebra una aguja con estambre de dicho color, se cubre el centro del percal de un círculo de nudos (*) del diámetro de 5 líneas y media, y se coloca el cuadro de percal al rededor del molde, del mismo modo que se forra otro cualquier boton.

Se toma una hebra gruesa de hilo negro, en la que se reunen los dos cabos por dos nudos, se carga el carrete con una hebra de lana gruesa azul, se engancha á un alfiler, el que se prende á una de las rodillas, teniendo la hebra del hilo negro; sobre la mas estrecha de las tablillas, prendiendo el hilo en el carrete, se forma un orden de vueltas de 30 puntos de malla.

* Véase el bordado de nudos explicado en el número anterior.

En seguida se corta la lana.

Se enhebra una aguja de coser con hilo grueso azul de Escocia, la que se pasa por el centro de una de las vueltas, sosteniendo con la mano izquierda el otro extremo del hilo, se vuelve á pasar segunda vez la aguja como para formar un nudo, y se cortan los dos cabos del hilo de Escocia. Lo mismo se anudan cada una de dichas 30 vueltas ó mallas dejando un cabo del hilo negro pendiente, de largo de 3 pulgadas y 6 líneas.

Se carga el carrete con dos porciones de estambre grueso azul, se toma la tablita mayor, se reunen con un nudo los dos cabos de hilo negro que se han cortado, se hacen por debajo 60 puntos ó vueltas, se anudan con una hebra de hilo azul de Escocia cada una de dichas vueltas, y se corta el hilo negro que sobra, dejando un cabo de largo de 8 pulgadas y 7 líneas.

Verificado esto, se colocan al rededor del boton cosidas con hilo azul 30 vueltas de la malla, y un poco mas cerca de los nudos otras 30 mallas semejantes, y á la inmediacion de los nudos, las otras 30. Está formada la flor.

Núm. 6.^o—Representa la Margarita concluida.

Núm. 7.^o—Bordado de tapicería muy de moda; se conoce con el nombre de punto de *posta*. Se borda con hilo grueso de oro en cañamazo de lana negra y encarnada; de esta tela se hacen chinelas muy primorosas.

PATRONES (*).

Núm. 8.^o—Demuestra la cintura de un jubon de vestido de dos faldas, se corta doble, se hacen en el centro dos órdenes de puntos con el objeto de introducir una pepueña ballena.

Núm. 9.^o—Es un cuarto de dicho jubon, que tambien se corta doble; tambien lleva tres filas de puntos, que forman tres canales por las cuales se pasan tres presillas largas planas, que vuelven encima por medio de tres ojales, los que se colocan en el sitio indicado en el número 6 de esta fi-

* Las señoras suscriptoras que tengan alguna duda acerca de la acotacion ó numeracion de los patrones, podrán pedir á la redaccion las aclaraciones que gusten, debiendo hacerlo las que estén fuera de Madrid por medio de carta franqueada. Asimismo las que quieran podrán adquirir dichos patrones de tamaño natural por un precio muy modico, pidiéndolos á la redaccion.

gura. El extremo en donde se halla el cero, se dobla entre los números 6 y $6\frac{5}{6}$ de la figura 8.

Después que se ha hecho esta operación, se corta todo lo que resulta de mas largo desde el número $8\frac{1}{6}$ hasta el dicho $6\frac{5}{6}$, se pega la falda á la cintura, según los números 8 y 9, y en seguida se ajusta conforme estos diseños.

Se anudan juntas las tres presillas, por cuya razón deben ser bastante largas para que puedan pasar del jubon á la falda, y atarse por detras.

Núm. 10.—Mitad de la espalda y una pieza del costado del vestido de que se trata, que es de peto cerrado muy arriba: el talle se abrocha por detras.

Núm. 11.—Es la mitad de delante con una pieza del costado. Esta se corta casi al vies; la flecha indica el derecho del hilo.

Núm. 12.—Manga larga.

La vuelta del cuello se adorna con una guarnicion de tul *ilusion* de 3 pulgadas ancho, y el extremo de las mangas, lleva la misma guarnicion de tul de 2 pulgadas y 2 líneas.

Núm. 13.—Manga corta de vestido escotado para baile.

Núm. 14.—Bertha correspondiente, que se une al vestido y se abrocha por detras.

Los números 10 y 11 son tambien patrones de este vestido, pero contando desde abajo hasta la linea de puntos. Las franjas son muy elegantes en vestidos de gró.

Núm. 15.—Espalda de un *Rouliere*, especie de capa de abrigo, que puede hacerse de *tarlatan*, de merino ó de terciopelo negro, con interior de franela de color ó acolchada y forrada de seda negra. Algunas señoras las llevan con cintas de raso ó terciopelo, y las guarnecen con la misma tela ó con una puntilla.

Núm. 16.—Uno de los hombros de la capa.

Núm. 17.—Es un lado de delante.

Núm. 18.—La manga izquierda, en la que se forma un pliegue entre los números $3\frac{5}{6}$ y $7\frac{3}{4}$ en las proporciones de la abertura. Esta manga se coloca en el espacio que se halla entre las dos estrellas.

Núm. 19.—Es un costado del revers, el que se guarnece al rededor de festones con una pestaña.

Núm. 20.—Es la altura de la guarnicion que debe ser de un ancho proporcionado.

ECONOMIA DOMÉSTICA.

Jabonado.



En lugar de estregar la ropa con jabon en pan como generalmente se verifica, es mejor desleirlo en agua, cortándolo en pedazos pequeños; se echa aquella en esta disolucion y se lava del modo acostumbrado. De aqui resulta, que la ropa se limpia por igual, lo que no se consigue estregando con el jabon; porque una gran porcion de él, que no se deshace, se coloca en los intersticios de la ropa y no puede estraerse al lavar, é impide por consiguiente que estas partes de la tela se presenten limpias, cuando por el contrario, si el jabon está bien disuelto en el agua, quitará por igual la suciedad.

La renovacion de las aguas de jabon, la necesidad de aclarar, de azular y secar la ropa, exige el torcerla á menudo para que escurra el agua.

Cuando se lavan piezas pequeñas ó medianas se tuercen fácilmente con la mano; pero cuando son sábanas, manteles y vestidos, tiene que hacerse entre dos personas ó por partes: si entre dos, es muy incómodo; si uno solo, imposible, ó á lo menos embarazoso; porque mientras se tuerce un vestido por el centro después de haberlo hecho con la parte inferior, el agua que se esprime la vuelve á chupar la parte torcida, y el cuerpo y las mangas, ó se arrastran ó se meten en el agua, no pudiendo abarcar el vestido todo de una vez. Además, cuando se está torciendo mucho tiempo, se siente una impresion dolorosa en las palmas de las manos, y se hacen callos. Aun es mayor el inconveniente, si lo que se ha de torcer son colchas, cortinas ó telas de lana, porque nunca salen bien, y es un engorro para las operaciones posteriores, y exigen mucho tiempo para secarse.

A fin de evitar estos inconvenientes, podria adoptarse el método de que usan los quitamanchas y tintoreros para torcer las piezas. Es muy sencillo y cómodo. Tienen dos instrumentos; un garabato y un torcedor. El primero es de hierro, y está fijado en la pared á una altura proporcionada para punto de apoyo; el segundo es un palo cilindrico de media vara escasa. El trabajador dobla la tela en tres ó cuatro dobles, la engancha por un extremo al garabato, pasándolo por el medio del doblez de la tela, y por cuyo extremo pasará el torcedor, torciendo cuanto tiempo

quisiere sin trabajo, incomodidad ni fatiga. Debajo de la tela debe ponerse un cubo para recibir el agua. Fácil es el adquirir estos instrumentos ó reemplazarlos: el garabato con un poste cualquiera, y el torcedor con el rodillo de pastelería, ó con un palo liso y redondo.

USOS Y COSTUMBRES.

Turquía.

EN Turquía los baños son numerosos, porque todas las impurezas legales piden lavatorio antes de la oracion.

Estos baños son públicos ó de particulares, los de estos están siempre agregados á los domicilios de sus dueños.

Las mujeres que no tienen baño propio, van á uno de los públicos en horas señaladas y diversas de las en que concurren los hombres.

En medio del poco atractivo de estos baños, son un desahogo para las mujeres.

Hay compañías de muchachas que bailan con mas desenvoltura que primores.

Estas siempre son esclavas, á quienes sus señores enseñan aquellas gracias para lucrar mas en su venta.

En oriente los matrimonios son unos contratos sin ninguna ceremonia religiosa, solo interviene la autoridad del juez secular, que en aquel acto hace oficio de notario.

Ante él hacen los turcos el *niquiaj*, ó contrato matrimonial, en el que se declara el ajuar de la mujer, que es lo único que lleva.

Esta formalidad la tiene que repetir el varon con todas las cuatro mujeres que el Coran le concede.

El número de concubinas es conforme á su gusto ó á sus bienes.

Son muchos los turcos que ó no quieren sacrificar su quietud al continuo torcedor de muchas mujeres todas juntas y todas descontentas, ó no gustan de dar parte en su corazon á quien no lo merece ó no lo estime, y viven solos con su esposa, siendo modelos de amor conyugal.

La ley prohíbe á las mujeres y doncellas casaderas descubrir el rostro á otro ningun hombre que no sea de los parientes muy cercanos.

Es tan estrecha esta ley, que los maridos tienen que aguardar á serlo para conocer las prendas personales de sus mujeres.

Hasta que llega este caso, viven confiados en los informes de las amigas ó parientas de la novia.

Los hombres están en la obligacion de dotar de prometido á sus mujeres, para los casos de viudez ó repudio.

En cualquiera de estos casos la mujer recobra el ajuar que llevó, y tira el dote estipulado en el contrato.

Para el repudio se necesitan tres declaraciones formales del marido, ó una sola, con espresion de que vale por todas tres, con la que la separacion queda ratificada.

Llegado este caso le está rigurosamente prohibido al varon tomar otra vez á aquella mujer, á menos de no sujetarse al desaire de estar en donde le conste que la repudiada cometió la falta.

Dan el nombre de *capin* á otro contrato matrimonial, en que la separacion se concierta de antemano entre las partes.

Este es una especie de matrimonio por tiempo determinado.

Cumplido el plazo, la mujer cobra su dote y se despidе del marido.

Tambien está puesto en uso el divorcio.

Cuando la mujer lo pide por defecto fisico ó malos tratamientos del marido, renuncia el dote delante de un juez; usando para el efecto de la siguiente é indispensable fórmula, *cedo mi dote y liberto mi persona*.

SEGUNDA CASTA. = AMARILLA Ó ACEITUNADA.

Calmucos y Mogoles.

EL rostro de estos es ancho, aplanado y comprimido; su nariz aplastada, con ventanas muy abiertas, y los juanetes gruesos, levantados y prominentes; las sienes hundidas, la mandibula superior plana y estremadamente ancha, la abertura de los ojos estrecha, algo oblicua y los ojos desviados, la barba es muy corta. En general todos tienen cabeza abultada y son muy huesudos.

Esta casta ofrece en todos los climas un color amarillo oscuro, semejante al de la corteza de naranja seca, su cabello siempre es negro, escaso, fuerte y áspero.

Su rostro representa un losanje ó cuadrado; la frente y la barba terminan en punta; la barba la tienen poco poblada, y el iris de los ojos es negro;

su tez no adquiere nunca en los climas templados el blanco rosado, ni en los ardientes el matiz oscuro de los hindos ó el tizne de los negros; su color específico jamas varia.

Su estatura corta y achaparrada, ofrece un cuerpo cuadrado y rollizo: sus piernas son cortas y combadas.

Todos los mogoles tienen la nariz chata y aplandada, las cejas negras y estrechas, redonda la cara, orejas abultadas, labios gruesos y dientes muy blancos; el pelo de la barba encanece pronto, y se desprende en los hombres de edad avanzada.

Las mujeres mogolas son pequeñas y delicadas, y de blanca tez, aunque el fondo es amarillento como en los hombres.

Esta casta, que es la mas numerosa, puede dividirse en tres tribus principales.

La primera presenta facciones muy toscas, tal es la familia calmuco-mogola.

La segunda las tiene mas suaves, y es la de los chinos y otras naciones del Asia oriental, allende el Ganges.

La tercera ofrece un cuerpo flaco, corto y pequeño, tal es la de los japoneses, ostiacos, samojedos, kamschadales y otros pueblos que cercan el polo ártico.

La familia que comprende á los mogoles orientales y meridionales se compone, en Asia, de los siameses y birmanes, de los peguanos, cochinchinos, tonquineses, chinos, coreanos, japoneses, tartaro-chinos, tibetanos y mongües.

Todos estos pueblos son ateizados, sus facciones no son tan ásperas como las de los calmuco; su nariz chata es mas abultada que la de aquellos; todos sus cortes son mas suaves.

La tez de los tunquineses es de color aceitunado oscuro; los cochinchinos aparecen mas ateizados.

Los tunquineses tienen el rostro agraciado. Sus mujeres están dotadas de hermosura, tienen los ojos negros, rasgados y espresivos, su cabello por lo áspero se parece á la clin.

Los chinos de la Bucaria son tan juanetudos como los demas mogoles.

Los de Java no lo son tanto; pero todos ellos ofrecen la coronilla de la cabeza, realzada á manera de cono.

Lo mismo se nota entre muchos japoneses, cuyo cráneo se parece á un pilon de azúcar, carácter que los distingue de los calmuco y basquires, cuya coronilla aparece demasiado aplastada.

Los naturales de Aracan, Laos y Pegú, tienen las orejas desmesuradamente largas.

Los japones son de regular estatura, fuertes y robustos, aunque no tanto como los europeos, y la corpulencia entre ellos es bastante comun. Sus ojos sesgos y dilatados parpadean bajo cejas muy altas y con la niña negra. Su cabeza aparece muy abultada sobre lo corto del cuello; su nariz es aplastada.

Las mujeres, que siempre van cubiertas con el velo, tienen la tez blanca, pero nunca sonrosada como las europeas.

A la segunda clase pertenecen las grandes familias de los tártaro-mogoles, manchúes, calmuco, basquires, cosacos verdaderos, kirquizes, chuvaches, bukiatos, soongaros, eleutos y de las tribus tungútics, cerca del Tibet y de la China septentrional.

Los isleños de las Alentas, que forman el tránsito entre los mogoles y los americanos, son de estatura mediana y de complexion robusta: su fisonomía es agradable y entero su carácter. Su tez es de un moreno parduzco, y esmerados en el manjar; tienen la cara llena y redonda y escaso pelo en la barba, porque se lo arrancan.

A la tercera clase corresponden la familia de los pueblos hiperbóreos, de cortísima estatura, se compone esta de los saponos, zemblios, samojedos, ostiacos, tongusos, jacutos, jucagros, chuchis y kamschadales del antiguo continente y de los esquimales y groenlandeses del nuevo mundo.

Tienen la cabeza muy abultada, los juanetes muy prominentes, los ojos desviados, sesgos y casi sin cejas como algunos japoneses, el cabello negro y áspero, la piel como curtida, la boca ancha, los dientes muy separados, la barba escasa, las ventanas de la nariz muy abiertas, los ojos medio cerrados, los pies pequeños, las espaldas muy anchas y la frente espaciosa.

ANDRES DEL CASTAGNO.

Novela florentina.

—¡Cómo! ¡oh cielos! Isaura, ¿habriais podido formar semejante resolucion?

—¿Me es dado acaso formar otra alguna?

—Sabed pues la mia. Yo he pedido vuestro amor á Dios: si me lo rehusa, si os encadena á él por so-

jemnes é irrevocables juramentos.... oídlo bien, Isaura: el día en que consagrándoos á Dios me obligueis á aborrecerle, ese día iré á pedir al infierno una felicidad que el cielo me niega. ¡Ah! él no exige ni lágrimas, ni súplicas; bástale una alma.... ¡Isaura! palideceis.... Isaura.... yo abjuro á vuestros pies una horrible blasfemia.... soy un insensato.... Pero qué ¡es ofender á Dios amarnos!...

Y Andres, olvidando la santidad del lugar, se habia precipitado á los pies de Isaura, que casi sin sentido apenas tenia fuerzas para retirar su mano que aquel cubria de besos.... De repente levántase, y conduciendo al pintor delante del altar.... «Andres, le dijo, pidamos juntos perdon á Dios, pues que ambos le hemos ofendido....»

Su oracion era tan fervorosa, que el arzobispo y la abadesa quedaron suspensos y edificadas al entrar, á vista de la profunda piedad de los dos jóvenes.

La inauguracion del cuadro de Andres se hizo con la pompa acostumbrada. Cuando se corrió el velo que lo cubria, dejóse oír un grito de admiracion, y monseñor Salviati colocó en la frente del artista una corona de laurel, en medio de los aplausos unánimes de cuanto encerraba entonces Florencia de mas ilustre por el rango, las riquezas ó el talento. El rostro de Andres resplandecia, por decirlo así, de alegría; pero acaso toda la gloria de su triunfo habria tenido menos encanto para él, si solo hubiera hecho latir su corazon.

Cuando hubo concluido la ceremonia, tomó el arzobispo la palabra: «Andres, le dijo, en vuestro primer ensayo habeis ya sobrepujado á vuestros rivales; pero hasta aquí no habeis tenido por tales sino á los pintores de Florencia: los Médicis, que no ignoran la amistad que os profeso, intentan suscitaros un competidor, menos sin duda con el fin de perjudicaros que con el de ofenderme. Tengo harta confianza en vuestro talento para no estar seguro del triunfo en la lucha á que nos provocan, y he aceptado el reto. La capilla de Santa María la Nueva va á adornarse con ricas pinturas, y me atrevo á decir que despues del éxito brillante que acabais de obtener, solo vos teneis derecho á encargáros de este trabajo: sin embargo, en la última junta los Médicis han ganado la votacion; si bien la eleccion del hombre que debe dividirlo con vos es ya un homenaje involuntario que rinden á vues-

tro talento. Ese hombre es el célebre Domingo de Venecia....»

A esta palabra el rostro de Andres se vió repentinamente palidecer, y por un extraño contraste el de Isaura se cubrió súbitamente de un hermoso sonrosado. Hubiérase dicho que el nombre de Domingo habia escitado un amargo dolor en el alma del artista y una dulce satisfaccion en la de la jóven. ¿Cómo, pues, un mismo nombre era parte á producir tan diferentes y opuestas sensaciones en dos corazones que se comprendian ya tan bien? Andres se apercibió de la impresion causada en Isaura; y como un amante se alarma de todo, no dudó que Domingo fuese su rival en amor como lo era en pintura, y antes de conocerle comenzó á odiarle.

¡Oh jóvenes, guardaos de la envidia! porque esta es la mas baja de las pasiones, y muchas veces la mas criminal. Desde el instante en que llega á pegarse al corazon como una lepra imunda, corrompe todos los sentimientos nobles y generosos, y ahoga en él todos los pensamientos grandes, todos los rasgos sublimes, todas las inspiraciones gloriosas; y cuando ha marchitado, degradado, torturado bien á su sabor ese mismo corazon, lo lanza en el crimen. ¡Oh jóvenes, guardaos de la envidia!

Domingo llegaba á Florencia con una reputacion adquirida despues de largos años de trabajo y de triunfos: Andres fué á pedirle sus consejos como un beneficio, y su amistad como una fortuna, y Domingo le concedió uno y otro con tal lealtad y franqueza que no pudo menos de desconcertar sus hipócritas intenciones.

La fama y los aplausos públicos se dividian por igual entre los dos pintores: hubiérase temido turbar por alabanzas mas ó menos preferentes la union poco comun de dos rivales de gloria y de talento: union y amistad que á todos admiraba, como sin ejemplo en la historia de las artes. ¡Qué de falsas y aparentes virtudes usurpan de esta manera la admiracion de los hombres! Solo Domingo tenia derecho á ella.

Entretanto los trabajos de Santa María la Nueva se proseguian con ardor. Sostenido en esta lucha por la esperanza de vencer y por el recuerdo de Isaura, Andres se consagraba todo entero á su arte y procuraba ahogar el profundo aborrecimiento que le habia inspirado su temible rival. Domingo estaba alli junto á él, trabajando para aplastarle bajo el peso de su genio poderoso y creador. Este pensa-

miento venia incesantemente á debilitar su resolucion, y no osaba pedir al cielo inspiraciones que el cielo le hubiera rehusado: hallábase indigno de ellas y se maldecia á sí propio.

Un día los trabajos tocaban ya á su fin: Domingo hizo subir á Andres al andamio en donde estaba pintando.

—«Andres, le dijo, qué te parece de esta cabeza de Virgen que acabo de concluir?»

Andres fijó en ella los ojos, y quedó inmóvil y mudo de rabia y de admiracion al mismo tiempo. Ha reconocido las facciones de Isaura, de la mujer que ama.

—Y bien: ¿qué me dices?

—Semejante imágen no tiene modelo aquí en la tierra.

—Paréceme, sin embargo, que tu ángel del monasterio Degli-Angeli, y mi Virgen de Santa María la Nueva, provienen de una misma inspiracion. Pero yo he sido menos afortunado que tú; tú has copiado de la naturaleza, y yo no tengo en mi ayuda sino los recuerdos.

—¿Con que conoces á Isaura?

—No solamente la conozco....

—La amas?...

—Tú, sí, tú la amas.

Entonces Andres se acercó vivamente á Domingo; su movimiento fué tan brusco y violento, que la tabla que los sostenia á mas de cien pies de altura sobre el pavimento de la capilla, se dobló casi hasta romperse. Una idea horrible cruzó por la mente de Andres, y se conocia en la contraccion de sus facciones el esfuerzo que le costaba rechazarla. No le quedaba ya duda alguna de que Domingo era su rival. A no estar completamente enamorado ¿cómo hubiera podido llegar á trazar de memoria tan perfecto y acabado retrato? Preciso era que el alma del pintor se hallase penetrada de la belleza de su modelo. La Virgen de Domingo era la misma Isaura, y el desgraciado Andres se veia forzado á confesar-se vencido en la imitacion.

De pie delante de la pintura de Domingo, contemplábalas mudo, silencioso, mientras que se desprendian de sus ojos ardientes lágrimas.

—Andres, le dijo Domingo estrechándole en sus brazos, ¿no te parece que ha sido una gran felicidad que nos hayamos encontrado?

Andres tembló al escuchar estas palabras de la boca de su rival; volvió la cabeza, se desprendió

lentamente, sin responder, de los brazos de Domingo, tomó sus pinceles, echó nuevos colores en la paleta y se puso á pintar. Su mano corria firme y segura, trazando grandes rasgos sobre la piedra de la bóveda, y á medida que iban bosquejándose los contornos, y animándose los colores bajo su diestro pincel, una alegría estraña, sombría, se leia en sus ojos, fijos y como espantados, y una siniestra satisfaccion contraía por momentos sus labios pálidos y convulsivos. Detúvose en fin, y retrocedió hasta la orilla del andamio, para juzgar del efecto de su obra. Entre el número de hermosas cabezas de bienaventurados que cubren la bóveda de Santa María la Nueva, se destaca una figura triste y sombría que parece olvidada allí como un pensamiento de maldicion, como un ángel caido que huye medio oculto entre las sombras: el que la mira por primera vez, no puede menos de quedar sorprendido al ver que su implacable mirada le persigue siempre como una amenaza, cualquiera que sea el punto de la nave en donde se coloque. Se experimenta involuntariamente un sentimiento penoso y desagradable al contemplar aquella cabeza, de contornos puros y correctos, y que se halla sin embargo tan poco en armonia con las que la rodean: es una cabeza bella, pero bella con aquella belleza que entristece sin saber por qué, una de aquellas cabezas por las cuales jamas se siente simpatia, cuando alguna vez se las encuentra en la tierra; de aquella belleza que nos impone por hallarse revestida de no sé qué carácter misterioso que participa del cielo y del infierno. Tal era la obra de Andres del Castagno.

—¡*Jo o di pinto!* exclamó al fin, con un tono lleno de orgullo y desesperacion, arrojando lejos de sí los pinceles y la paleta, cuyos trozos fueron revolando á caer sobre las losas del santuario.

Domingo estaba á su lado. Habia seguido el trabajo de su compañero con una admiracion mezclada de tristeza; pero no con aquella tristeza que proviene de la envidia, porque en el acento de sus palabras se revelaba todo el cariño de un padre.

—¡Hé aquí una hermosa cabeza, Andres; persan Márcos! ¡eres un gran pintor!

Andres tembló al escuchar esta exclamacion afectuosa; y permaneció silencioso.

—Andres, continuó Domingo, eso es magnifico; ¿pero en dónde has podido encontrar ese pensamiento del infierno?

Andres llevó la mano sobre su corazon, procu-

rando al mismo tiempo ahogar un amargo suspiro, y volviendo entonces la cabeza fué á encontrar la mirada de la Virgen de Domingo, que parecia alejarse tristemente en las sombras, mientras la figura de su rival se interponia sonriendo entre él y la imagen de Isaura.

—Consérvete el cielo, amigo mio; dijo el pintor veneciano, estrechando la helada mano de Andres.

No pudiendo ya sufrir esta afectuosa demostracion, esta frase de despedida que está acostumbrado á oir todas las tardes de boca del pintor, Andres se aparta maquinalmente, descendié lentamente del andamio, y anda vagando largo rato á la luz del crepúsculo por la desierta capilla, cuyo silencio era tan solo perturbado por el ruido de sus pasos.

Despues se arrodilló ante el altar, y reclinando ja cabeza sobre la balaustrada de hierro, quiso orar. Pero bien pronto siente que sus ideas se confunden; las palabras santas espiran, apenas articuladas, en sus entreabiertos labios; sus ojos, vueltos hácia el tabernáculo, bajan poco á poco sin ver; parécele que es aun el pequeño pintor del Castagno, el ignorante niño, que transido de frio unas veces, ó abrasado otras por los rayos del sol, erraba, como las cabras de su rebaño, por entre las rocas de su pais natal. Despues recuerda aquella sensacion íntima, profunda, que le habia dado á conocer un arte, y représéntasele su primer cuadro, aquella Virgen de las Canteras, que habia hecho un milagro. De allí á poco entra en una nueva vida; una multitud de sentimientos desconocidos germinan en su alma; el reconocimiento, la gratitud primero, despues el orgullo, la ambicion, el amor. Y aqui vuelve á ver á sus hermosos ángeles del convento; sus miradas tímidas levantadas hácia el cielo, los dulces y entretenidos coloquios que indemnizaban al pintor de los ratos de trabajo; y delante de él á Isaura, cuya mano temblaba en la suya como en el dia de su triunfo, cuando se arrodillaron ante el altar y oraron juntos. Pero despues creia ver alzarse detrás de Isaura otra imagen, la Virgen de Domingo; Despues el amor y otra pasion, el odio! Terribles ideas, dolorosos recuerdos hubieron en este momento de poderarse del infeliz jóven, porque volvia la cabeza á una y otra parte, sus facciones contraidas parecian revelar una lucha interior, y lloraba amargamente cuando entreveia allá á lo lejos la fresca é inocente imagen del pastorcillo del Castagno.

Entre tanto Domingo habia ido á arrodillarse delante de la madona del altar.

—Virgen Maria, dijo á media voz, rogad por mi Isaura y por mí!

Dejóse oir á corta distancia un suspiro, y otra voz que murmuraba en voz baja:

—No.... en la casa de Dios, no.

Domingo se alejó concluida su oracion y tomó la direccion del monasterio Degli-Angeli: una sombra silenciosa cruzando rápidamente la nave, en la que reinaba ya casi una completa oscuridad, seguia los pasos del veneciano. Era Andres.

El cielo aparecia puro y sin nubes; y la luna elevándose magestuosamente sobre las altas casas de Florencia, destacaba en líneas fuertemente pronunciadas sus caprichosas torrecillas sobre el manto azul del cielo. El domo de Santa Maria la nueva y la dorada cruz de su cúpula, proyectaban su sombra gigantesca sobre la plaza que se extendia delante de peristilo: percibiase á lo lejos el apacible susurro de las aguas del Arno y de la blanda brisa embalsamada con los perfumes del azar. Jamas se habia presentado Florencia ni mas bella ni mas encantadora.

En el momento en que Domingo, habiendo salido ya del monasterio, doblaba el ángulo de una angosta y tortuosa calle, oyó los pasos de alguno que marchaba precipitadamente detras de él. Volvió la cabeza y en el mismo instante sintió penetrar por dos veces en su pecho el frio de un puñal.

—Socorro! socorro! gritó el infeliz pintor, mientras que el asesino desaparecia entre la oscuridad huyendo aceleradamente.

Dió aun algunos pasos vacilando, hasta que faltándole del todo las fuerzas, fue á caer sobre las gradas del palacio de Strozzi.

Un momento despues, hallábase ya reunida á la luz de las hachas una inmensa muchedumbre al redor del herido, repitiendo á cuantos iban llegando:

—Es el gran pintor de Santa Maria la nueva, Domingo de Venecia, que acaba de ser asesinado!

Era verdaderamente un tristísimo espectáculo ver aquella muchedumbre estrecharse y comprimirse delante de un moribundo; aquellas mujeres, en cuyos espantados semblantes se reflejaba de una manera siniestra el resplandor rojizo de las antorchas, y sobre las losas de las gradas, al pintor, sostenido por el conde de Strozzi, en tanto que otros procu-

raban atajar la sangre que corria abundantemente de sus dos anchas heridas.

(Se concluirá).

LA MUJER.



Eres, mujer, un fanal
trasparente de hermosura;
¡ay de ti, si por su mal
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristall!

ESPRONCEDA.

I.

La mano soberana señora de los reyes,
Que supo dictar leyes al viento y á la mar;
Cuya grandeza y gloria por siempre encierra escritas,
De esferas infinitas el infinito altar:

No solo con cien soles el cielo tachonando,
Y el campo matizando de rosas cien y cien,
Al hombre, gloria suya, su poder revelára:
Con otro ser trocará la tierra en grato eden.

Esas brillantes flores de arómas tan suaves,
Esas graciosas aves cantoras del amor:
Esas brisas tan puras, esa espléndida aurora,
Cuanto el orbe atesora de bello y seductor:

¿Cuál su language fuera; qué valor encerraran
Si, yertos no ensalzaran los goces y el placer?
¿Y cómo á los deleites el mundo se brindara,
Si en el no resonara la voz de la mujer?

Para alegrar los cielos, embellecer la tierra,
Y de la cruda guerra calmar la sed atroz;
Dios quiso que los hombres, felices, bienhadado
Quiso que entusiasmados, oyeran esa voz.

Obra la mas querida de sus gigantes obras,
La mujer, las zozobras trueca en ventura y paz;
Del orbe reina amable, hay magia, sí! en su acento,
La vida está en su aliento, del ánimo es solaz.

La cercan los amores: las gracias inocentes
Con manos esplendentes prepáranla un dosel;
Las risas, los deleites, las dulces ilusiones,
Mil tiernos corazones, la sirven de escabel.

Es norte del guerrero entre el feroz combate,
Bello númen del vate, en lira de marfil:
Su nombre idolatrado resuena en la montaña,

La playa, la campaña, el bosque y el pensil.

Llorais? oh! ¿cuándo el llanto mas tenaz, mas insano,
No lo enjugó la mano de una amada beldad?
Si sobre nuestras frentes el infortunio truena,
¿No es ella quién serena la negra tempestad?...

II.

Mas bello que nunca

Lució un dia el sol,
Destello fulgente
Del trono de Dios.

De hermosas cascadas
El grato rumor,
El ancho universo
Feliz escuchó.

Rendian las aves
Un himno al amor;
El prado exhalaba
Al plácido son

De fuentes y rios,
Fragancia precóz,
Y el alba torrentes
De luz y arbol.

De leves follages
Flotante feston,
Del placer naciente
La mano formó.

La noche y las nubes
Con manto de horror,
Los vírgenes cielos
No cubrieran, no.

Del rápido tiempo
El triste relox,
Desastres y guerras
Y encono feróz,

Aun no señalára:
Ni horrible ambicion
Manchára la imágen
Del Sumo Hacedor.

Un hombre bañado
De dulce sopor,
Un hombre dichoso
Que Adán se llamó,
Gozaba en la calma

¡Ay! harto velóz,
Ensueños brillantes
De amiga ilusion.

Su pecho latia
Con fuerte emocion,

Que un ángel humano
Audáz concibió.

Mil géneos radiantes
Seguíanle en pos,
Alzando en su aplauso
Acentos de amor.

Adán suspiraba,
Y en su corazón,
De ignoradas ansias
La lid estalló.

Rompe los espacios
Profética voz:
Los orbes retiemblan....
Adán despertó.

III.

Un ser, á cuya mágica hermosura,
Su hermosura eclipsaba todo ser,
Vió Adán en la embriaguez de su ventura;
Era un ángel de paz.... una mujer!!....

Desprendida la blonda cabellera
Que festejaba su nevada sien,
Parecía inocente y placentera,
Cifra y emblema del perpétuo bien.

Mas sonoras las fuentes murmuraron,
Mas gozoso cantára el ruiseñor,
Los céfiros mas blandos suspiraron,
Vibró el cielo mas vivo resplandor.

De gozo conmoviéronse los mares,
La tierra por do quier se estremeció;
La creacion, armónicos cantares
Hasta el postrer confin ufana alzó.

Y el pensil, tan frondoso, tan florido,
Que yacía en silencio universal,
Vida, accion, movimiento y colorido
Recibió de aquel númen celestial.

Los abismos, la tierra, el firmamento,
Cual doblándose al peso del placer,
Con incesante y jubiloso acento,
Gloria, gritaban, ¡ gloria á la mujer !

¿Quién tu sorpresa describir pudiera,
Quién tu delirio inexplicable, Adán,
Cuando estrechaste por la vez primera
Al ser precioso que soñó tu afán?

Cuando entre rosas y la fresca brisa,

Que muelle se mecía en torno á tí,
Miraste en Eva la primer sonrisa,
¡ Nada es, dijiste, el mundo para mí !

Y al ver la creacion, jóven y pura,
Doblarse al alvedrío de los dos,
Ebrio de amor y gozo, en tu locura
Superior te juzgaste al mismo Dios!!....

IV.

No poder mas limitado,
no menores atractivos,
á la mujer concediera
munifico el destino.

¿No es ella la que conjura
los dolores infinitos,
que de la humana existencia
cubren el yerto camino?

¿No es ella la que dilata
los placeres fugitivos
que nacen, huyen y mueren,
sin que nunca el hado amigo

Nos dé fijarlos un punto?....
fuera un pavoroso abismo
¡ mujer ! sin tí el universo,
inmenso y atroz vacío.

¡ Oh ! ¡ Pueda el modesto canto
que en mi ignorado retiro
te consagro, ser un día
de tus recuerdos no indigno !

¡ Tú, la que enjugas el llanto
que vierte el cándido niño,
tú, cuya voz misteriosa
prepara un sueño propicio !

La que en tu seno amoroso
brindas amparo y abrigo;
que tu existencia desprecias
por prolongar la de un hijo:

Que lloras cuando lloramos
por los males confundidos,
que nos tiendes una mano
al borde del precipicio:

Tu recuerdo nos alienta
en los mas rudos peligros;
en las sangrientas batallas

en los mares infinitos:

Apoyo á la par que débil
fuerte como el roble erguido;
númen bajado del cielo,
escudo hermoso y divino.

Talisman inapreciable,
¿quién osa empañar tu brillo?
nuncio de paz, ¿quién ingrato
te paga con el olvido?

No llores, mujer, si acaso
el desamor y egoísmo
ajan, alevés, tus gracias,
injustos siempre contigo.

Así, codiciada perla,
despiadado el torbellino,
en viles algas envuelta
sepulta en ásperos riscos.

Así,preciado diamante,
en vena oculta escondido,
del caminante indolente
ó del pastor, es ludibrio;

Y así también tus virtudes,
tus dones mas peregrinos,
son tal vez juguete fragil
de necios y libertinos.

V.

Mas tú, mujer, para brillar naciste,
Huye fugaz la noche y vence el día;
Luz y amor difundiendo, descendiste
En alas de la plácida alegría:
Sobre la tierra, destinada fuiste
A ser del hombre inspiracion y guía;
Tú iluminas, fanal de rumbo cierto,
Entre las olas de la vida el puerto.

MANUEL MARÍA FLAMANT.

REVISTA DE MODAS.



Explicados en nuestro último número los trages que las señoras elegantes habian adoptado al anunciarse el próximo invierno, solo nos ocuparemos ahora de las variaciones que desde entonces han

tenido lugar, conforme los diarios de París. Continúan muy de moda los *caprices* de terciopelo bordados, de marta y de armiño, y los forrados tambien de pieles: las capas *yo-way* de terciopelo negro con tres órdenes de franjas dispuestas graciosamente en el ropage sobre los hombros; y el manto *Lavalliere* con toda su afectada novedad, goza la mayor preferencia. Sombreros *pamelas*, la mayor parte de raso, color *café*, forrados de seda color azul, rosa ó verde, con anchos capullos ó follages de cinta de raso, cercados de un recamado de terciopelo, colocados á cada lado de la copa.

Están muy en uso los chales franceses imitados tan perfectamente á los de la India, que es necesario un esquisito conocimiento de estas manufacturas para poder diferenciar unos de otros.

Se llevan estolas de raso, y de terciopelo con listas brillantes alternadas, y se colocan sobre los pequeños cuellos de tul, flotando graciosamente.

Con respecto á telas para trages, la moda parece haber perdido la vaguedad que ha tenido anteriormente; el terciopelo, el damasco, el raso puro y liso ocupan un lugar muy distinguido; los pekines adamascados y ondeados, el raso de la reina, el paño saten merino y las telas denominadas piramidales tienen mucha aceptacion; y como tela de fantasia el terciopelo raso y cuadrillado sobre el cual se colocan con buen efecto gruesos botones de terciopelo á la *pierrrot*, ó de acero.

En cuanto á los adornos para la cabeza se observa un estremado gusto, con un ancha carrera de puntilla bordada en óvalo, haciendo en el medio un pequeño pliegue que se sostiene debajo de los rizos á la *María-Stuart*, con bandas á la *Rafael* prendidas con gruesos alfileres *venitiennes*, se obtiene el tocado mas elegante que se puede imaginar. Cordones de acero, coral, oro y plata rodeados á la trenza, de la cual se desprenden preciosas borlas combinadas con bolas de acero é hilo de oro, completan este adorno.

En cuanto á los guantes sigue predominando el color de caña á los demas, y el primor en su hechura se aumenta á porfía.

Se acaba de inventar en París por Mr. Eduardo Pinaud un jabon de lechuga para lavarse las manos; las propiedades de esta produccion favorecen mucho á la blancura y conservacion del cutis.

Los últimos periódicos franceses que tratan de modas, se ocupan de un nuevo corte para los cor-

sés, que además de dar toda la posible elegancia al cuerpo, son útiles á la conservacion de la salud, porque la precision de las partes que le forman, impide la violenta opresion que ha causado tantas victimas : nuestras lectoras nos permitirán que les demos una idea de sus medidas. Se toma 1.º la de la espalda y pecho por cerca de la garganta; 2.º la del talle por donde comienzan las caderas; 3.º la de las caderas; 4.º el ancho del pecho de un hombro á otro; 5.º la altura del acero (ó delante del corsé); 6.º la de la cintura; 7.º del sobaco al principio de la cadera, y 8.º la anchura de la espalda de uno á otro hombro.

DESCRIPCION DEL FIGURIN.

Núm. 1.º Vestido de raso, con tres filas de encaje colocadas con separacion las unas de las otras por tres cintas estrechas de terciopelo : el cuerpo está guarnecido como la falda: las mangas son á codo, bordadas por los puños con tres cintas de terciopelo y una puntilla ancha colocada en el extremo, cae sobre el guante. *Caprice* de terciopelo con faldillas sobre las caderas, y guarnecido al rededor de pieles. Sombrero de terciopelo verde con pequeños sesgos al rededor, y un afollado á la *gabrielle* caido sobre el costado.

Núm. 2.º *Pelisse* de raso negro ricamente bordada con un pequeño cuello tambien bordado, de manera que las mangas cortas y anchas imitan el traje griego : en el frontis de la *pelisse* hay graciosas presillas cargadas de pasamanería. Vestido de pekin, color violeta, alternado con listas de terciopelo negro. Sombrero de forma abierta; el adorno lo forma un pájaro y una ancha puntilla de Alençon oscilando al rededor.

BALADA.

LA CORONA FÚNEBRE.

TRADUCCION DE M. HONORÉ SOLAFER.

Adornad las tumbas de las jóvenes que mueren antes del himeneo, con la corona de flores virgina-

les que no trocaron aun, por las delicias del amor, y la corona de las esposas.

Cuando Elfrida murió á los diez y seis años, no adornaron su sepulcro con las flores que habia merecido; y Elfrida inquieta se levanta de su tumba todas las noches, y recorre desamparada la campiña para coger la corona blanca que le falta.

Elfrida elige entre las corolas cerradas las mas intactas, las mas pálidas flores; ella abre con su soplo helado, el cáliz en donde la abeja, á quien sorprendió la noche, duerme en su prision perfumada balanceada por la brisa nocturna.

Su forma ligera atraviesa las colinas, desde donde se descubren tantas estrellas, recorre las florestas llenas del silencio y de la noche, pasa bajo la encina de la muerte donde canta el buho fúnebre. ¡ Ah! ya no teme Elfrida.

Su blanco sudario se arrastra sobre las yerbas humedecidas, las zarzas se enredan en él, pero ella pasa; una llama fantástica gira al rededor de ella; ora la sigue, ora se detiene cuando Elfrida se para para coger con su mano tan fria como el rocío la llorosa florecilla.

Su sombra apenas se aproxima á las lagunas adormecidas, á los lagos argentados, y busca las flores virginales de ninfea que duermen inclinadas sobre las ondas. Recorre sin sepultarse los verdes tapices de los estanques, y se desliza sobre las aguas como una joven Caledonia por los resbaladizos hielos del Nordeste.

Elfrida pasa como un rayo de luna al traves de las pintadas vidrieras de las Basílicas; atraviesa las opacas ventanas de los castillos, y viene á besar ligeramente sobre las cabezas de las Madonas y las frentes de las nuevas desposadas, la corona que les ciñeron.

Ella tiene bastante tiempo para teger flor á flor su guirnalda de virgen, para acabar su inmaculada corona. ¡ Oh! ¡ qué triste es coger flores á media noche! ¡ Cuántas veces Elfrida con las compañeras de sus juegos cogió en la mitad del dia flores rojas y azules!

Pero al presente yace solitaria en torno de los bosques donde caza el pájaro nocturno. Cuando al desaparecer las tinieblas, vuelve coronada á su tumba desierta, los que la encuentran se horrorizan y ofrecen una misa por las pobres almas.

De repente Elfrida como fatigada, se detiene al pie de la cruz del camino, y deshoja lentamente la

blanca corola de las margaritas (*) cuyo infiel oráculo consultaron tantas veces su mano y su corazón. Oh! No olvideis colocar sobre las tumbas de las jóvenes que mueren antes del himeneo, la corona de flores virginales, que no trocaron por la corona de las esposas y las delicias del amor.

Por la señorita D.^a D. G. de S.

TEATROS.

La mayor parte de las funciones que en el presente mes se han ejecutado en los teatros de esta corte, son conocidas del público, y también el particular mérito de los artistas, á cuyo cargo se puso el desempeño. Hablar de cada una de ellas fuera repetir lo que en otras ocasiones se ha dicho; y para evitar semejante molestia, nos concretaremos á hacerlo tan solo de las nuevas, é indicar los incidentes que hayan acaecido, y que por su naturaleza merezcan se haga conmemoracion.

PRÍNCIPE. *El duque de Alba*, drama en cuatro actos y en verso, original del Sr. Cañete. Una de las cosas que mas perjudicó al buen éxito de este drama, es sin duda el no corresponder aquel personaje á la idea que, con arreglo á la historia, se tiene de él formada. El Sr. Cañete debió conservarle cual está retratado; pues borrar la menor de sus facciones, equivalia á que desapareciese la ilusion que el público se habia formado. Sin embargo que á este drama le falta la animacion y el interés que tanto entretiene al espectador; se descubren en él bellezas que prometen un feliz porvenir al Sr. Cañete, si asiduo continúa estudiando el género de literatura á que se ha dedicado. La ejecucion por parte de la señora Diez y el Sr. Romea (D. Julian), fué esmerada.—*Muger gazmoña y marido infiel*, comedia en

tres actos, traducida del francés, y arreglada á nuestro teatro. Su argumento es frívolo y sin interés; pero su buena ejecucion por parte de la Sra. Diez, Lamadrid y Llorente, y de los Sres. Romeas y Guzman, pudo suplir semejantes defectos, y lograron tener al público entretenido.

CRUZ. *I Fidanzati di Sicilia*, ópera en cuatro actos, del maestro Gastaldi. En esta composicion se nota mucha desigualdad: se encuentran en ella piezas muy dignas de aplauso, á la par que otras desagradan en gran manera, adoleciendo ademas de languidez y monotonia lo que tal vez contribuye á hacerla pesada. Su ejecucion fue esmeradísima por parte del Sr. Guasco; y aunque en nada desmerecieron los excelentes artistas Sra. Rafaelli y Sr. Ferri, sin embargo la parte que ejecutaron no les permitia hacer alarde de sus talentos, como en otras óperas tienen de costumbre. En la *Lucia* tuvimos el gusto de volver á oír al señor Moriani: estuvo como siempre, inimitable, y el público lo recibió con el mayor entusiasmo. La Sra. Rozetti se presentó por primera vez á desempeñar el papel de *Lucia*; cantó bien la parte que se confió á su talento. Posee esta artista un excelente método; su voz es grata, y siempre canta muy afinada; mereció con justicia los aplausos que se la prodigaron.

CÍRCO. La novedad que nos ha ofrecido este teatro, es el baile que, con el título de la *Esmeralda*, se ha puesto en escena por el Sr. Petipa, á beneficio de la Sra. Guy-Stephan. Su argumento se ha tomado de *Ntra. Sra. de París*, novela que escribió el célebre Victor Hugo. La empresa no perdonó gasto alguno para que se pudiese en escena con el lujo y magnificencia que su argumento requiere. La ejecucion fue esmeradísima, y á la Sra. Guy, la primera noche, desde un palco se la arrojó un hermoso ramo de flores, sujeto con una bonita cinta.

INSTITUTO. *Un avaro*, drama en dos actos, traducido del francés, y arreglado á nuestro teatro por el Sr. Lombardia. Con esta funcion principió su trabajo este artista, y el público supo apreciarlo, pues reconoció tanto el mérito del drama, como lo esmerado de la traduccion. Todos los caracteres de esta obra están delineados con verdad, y el interés que dispierta va siempre en aumento. No dudamos asegurar que el teatro del Instituto merecerá una general aceptacion, pues el Sr. Lombardia tiene suficientes luces para sostenerle, y cuenta con elementos de que puede sacar un grandísimo partido.

* Las jóvenes francesas por una antigua tradicion, consultan como oráculo á las margaritas. Arrancan una á una las florecillas, que forman la corola de esta flor, diciendo estas palabras. *Vendrá, amante, y cariñoso, mis suspiros premiará*, á cada una de estas palabras quitan una de dichas hojas ó florecillas, las vuelven á repetir cuantas veces bastan para acabar de quitar todas; y si al acabar la última palabra se ha concluido con todas las hojas, es buen presagio para sus amores: pero si queda una, las jóvenes francesas lloran la fatalidad del oráculo.

(Nota de la traductora.)



LE MONITEUR DE LA MODE
Journal du Grand Monde

*Coiffures des Modistes de N^{os} 916, 916^{me} Saint Laurent et Saint Pierre de la Pairie
Coiffure de la M^{me} Baudrant et C^{ie} Corsets de N^{me} Pousse, 101^{er} Montmartre Gants Mayers Parfums Ed. Pinaud
Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne*

PARIS.

London at the Moniteur Office F. Dunmuis 15 Greek Street Soho.

New-York E.B. Strange et Brother.